Tomo XIV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 21

San José, Costa Rica **1927** Sábado 4 de Junio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Orientaciones del pensamiento argentino

Ricardo Rojas

=Me permito enviarle esa conversación que dicté el 4 de abril pasado en el «Ciclo Argentino», organizado por la Universidad Nacional y patrocinado por el Ministro de aquella República en ésta. Es un trabajo muy concreto: no quise extenderme en razón de que el público asistente esperaba después de cada conferencia una obra teatral. Si cree dignas esas hojas de su Repertorio, utilícelas.—*R. C.*=

Señoras y señores:

El Comité organizador del presente «Ciclo Argentino» me discierne la honra de cederme un sitio en la serie de conferencias que han venido sucediéndose por más de un mes; vengo a corresponder a esa galantería y a presentar una síntesis del pensamiento argentino en lo que tiene de más sólido y alentador.

Los complejos ideológicos de un pueblo son siempre, en cualquier momento de la historia, la expresión de su vida pública y la revelación de sus agitaciones instintivas; no puede decirse que la literatura sea un fenómeno desligado de la existencia nacional: toda ella ha de estar saturada en el ambiente de la diaria inquietud si es que aspira a glorificar y aun eternizar el temperamento de una raza, de un conjunto humano cualquiera. Es indispensable, pues, al estudiar a los hombres representativos, señalar siquiera los caracteres de su nacionalismo para conocer luego la sustancia de su sentir y las orientaciones de su pensar.

El nacionalismo en América presenta dos aspectos diametralmente opuestos. En México, por ejemplo, se construye por exclusiones. Quiero decir que se prepara por seleccion étnica, eliminando de la representación colectiva todas aquellas ideas que sirven a la tradición del imperialismo europeo. A nuestro juicio, México procede en razón directa de las experiencias por que ha tenido que pasar: experiencias dolorosas que le han mostrado casi sólo la parte acometiva del hombre, el lado inquisidor y penetrante. Ningún pueblo de América ha sentido, como México, el amago de las invasiones y el desacato de la fuerza; al coloniaje español, tan escasamente constructivo, tan individualista y poco tolerante, sucede el intento francés y luego la codicia norteamericana: sus relaciones con el mundo civilizado se han ido afirmando entre explosiones y batallas, y poco ha faltado para que el mundo, en nombre de los llamados sistemas «blancos», lo ponga en el banquillo de los acusados: es decir, en estudio, como se atrevió a decir un ex-Ministro yanqui recientemente. Esto ha traído como consecuencia la formación de un alma mexicana, de un sentimiento de unidad que va perfilándose a medida que las lecciones históricas van superponiéndose en el tiempo y dando a las masas un instinto de defensa muy activo y preciso. Esta formación del nacionalismo mexicano es de lo más justo y lógico que cabe suponer, puesto que es francamente defensiva y se acomoda biológicamente a las excitaciones del medio externo que ha sido hostil a su desarrollo.

El aspecto que pudiéramos llamar «positivo» del nacionalismo en América es el de la Argentina. La razón íntima, no muy difícil de concebir, de esta oposición, está en las colocaciones geográficas que determinan siempre los caracteres del desarrollo de un pueblo. La Argentina está distanciada de los peligros inminentes por el océano y por nuestro propio continente. Tuvo como México, es cierto, un coloniaje, y tuvo además, las incursiones inglesas. Pero abrid su historia: el fenómeno central de sus luchas no es la posesión de las tierras ni las pugnas sangrientas de razas, condiciones que retardan el advenimiento de la homogeneidad nacional y que erizan de dificultades el

camino del progreso. La historia argentina tiene los relieves poemáticos de un proceso constructivo en que la arquitectura moral y espiritual del pueblo va perfilándose rápidamente, por procesos graduales y evolución sistemática. Los obstáculos de su desenvolvimiento desaparecen casi desde 1810, cuando la generación revolucionaria que depuso a los últimos virreyes e inauguró la era del nacionalismo, preparó hombres capaces, como Rivadavia, de encontrar fórmulas precisas de acción nacional. Una de las características de sus hombres representativos, de Alberdi y Sarmiento sobre todo, es el don de asimilar sin grandes esfuerzos ni penosos conflictos los principios, todavía algo confusos, de una civilización universalista capaz de apresurar y de realizar el ideal de Schiller y de los *Sturm und Drang* alemanes; hablo de aquellos románticos que soñaban desde el siglo XVIII y aún a mediados del XIX con una humanidad sin fronteras políticas, unida en el amor y en el pensamiento. En Avellaneda, el Presidente poeta de la Argentina, puede percibirse este sueño.

El mismo plan ejecutado por la razón instintiva de los emigrantes europeos que llegaron a los Estados Unidos a constituir nacionalidad, fué puesto en práctica en la Argentina, más por convicciones intelectuales del ingenio político que hizo afluir allá, en grandes oleadas, la sangre de los pueblos italiano, español y francés. Pero, mientras en los Estados Unidos la nacionalidad se constituye de acuerdo con imperativos económicos y urgencias materiales impostergables, en la Argentina el nacionalismo toma un carácter puramente biológico de fusión, y el país se transforma en la hornaza purificatoria en donde las diversas razas gestan un tipo resultante, una síntesis espiritual. La divisa de Sarmiento y de Alberdi, «gobernar es poblar», no carecía, sin embargo, de peligros serios, como lo indica en sus estudios historicos el más reposado y sólido de los pensadores y artistas argentinos, Ricardo Rojas, a quien consagraremos la conversación de esta noche. Rojas dice, refiriéndose al fenómeno del nacionalismo: «En el segundo momento del siglo XIX, después de 1852, la cultura argentina se hace cosmopolita y positivista. Son los temas de Sarmiento y Alberdi que entran como fuerzas dinámicas, pasando de sus libros a la conciencia historica. Desde entonces a nuestros días el crecimiento demográfico no fué sólo producto de vida racial, sino de populosa infiltración extranjera: nuestro crecimiento industrial no fué sólo producto de meditación propia, sino de mimetismo internacional; y finalmente, nuestra ciencia, nuestro arte, nuestra vida toda estuvo semetida a la presión de los modelos exóticos, pulverizándose o esterilizándose por mera imitación... Esa es la realidad que combatí en mis libros, sobre todo a partir de *La restauración nacionalista*, porque dados los caracteres que había tomado la vida argentina, los consideraba peligrosos para el genio americano y para los verdaderos ideales de la civilización. Mientras el país contó con la vida de hombres como Sarmiento, Avellaneda, Mitre, Roca, Pellegrini, o con las reservas de una tradición colectiva todavía homogénea, el equilibrio orgánico de la nacionalidad se mantuvo; pero en los últimos veinte años han podido notarse aquí síntomas ingratos, hasta que hemos llegado a la hora actual, que es como una edad de oro del cine, del tango y del box. La generación que nos ha precedido puso a la República en marcha por el camino del progreso material; hizo ferrocarriles, bancos, puertos, establos y almacenes, cosas sin duda necesarias; más por ahí vinimos al materialismo en la educación y al sensualismo en la vida, cosas que no pueden constituir el programa de nuestro tiempo. Reconocí la obra heroica de los antepasados inmediatos, pero quise poner sobre el individualismo sin patria, sobre el mercantilismo sin bandera, sobre el cosmopolitismo sin cultura, sobre el arte sin raza, sobre la técnica sin contenido humano, sobre este encanallamiento en que ahora vivimos, un ideal que no trabara el desenvolvimiento de cada personalidad, pero que subordinara nuestro efímero cuerpo de carne a las armonías de una América nueva, con el decoro de su propia estirpe y con los atributos de una cultura integral». Estas palabras de Ricardo Rojas, que constituyen una reacción contra la anarquía de la heterogeneidad y contra la carencia de ideales concretos, tienen una significación continental; son la justificación de una política que mira tanto del lado humano, geográfico y accidental como del lado intelectivo y moral.

Es imposible, en esta corta exposición, detallar todos los orientes del pensamiento argentino; tendríamos que ocuparnos de hombres como Estanislao Zeballos, Joaquín V. González, Alfredo L. Palacios, Alfredo Bianchi, Roberto Giusti, José Ingenieros, etc., etc., escritores que forman el núcleo organizador de la vida intelectual argentina; hombres que no sólo escriben para sugerir orientaciones eficaces sino que toman parte activa en la enseñanza, en las luchas de prensa, en la política, en todas las esferas donde su pensar puede producir saludables rectificaciones. Ingenieros, por ejemplo, representa en la Argentina actual un momento de transición espiritual; era pensador y artista: conocía, en una palabra, el doble horizonte del alma humana. Con precedencia a sus devociones científicas había escrito varios libros tumultuosos, entre ellos aquella primicia de su juventud poderosa que revela un ardor renacentista, *El Hombre Mediocre*, cargado todo de arrogante individualismo y de generosidad moral. Más tarde, cuando su sed de profundizaciones echó la sonda en aguas más quietas e inaccesibles, se concretó al examen psicológico por el doble medio de la experimentación y de los sistemas empíricos, en busca de la unidad filosófica y artística.

En todo momento de las naciones existe un hombre que las representa en cierta forma, bien porque adopte el sentir de la colectividad, bien porque sea la expresión más justa de sus ideales más elevados. El Dr. Ricardo Rojas, novel Rector de la Universidad de Buenos Aires, a quien la juventud de su país ha rendido hace poco el más alto y glorioso de los homenajes elevándolo a la Rectoría de aquel centro educacional por elección espontánea con el reconocimiento del gobierno y la aprobación de todos los intelectuales, obtuvo el premio nacional en 1924 por su *Historia de la Literatura Argentina*. Pensador recio y austero, el Dr. Rojas es también poeta, poeta en el mejor sentido de la palabra, puesto que armoniza en su vida las orientaciones místicas del contemplador con los imperativos cívicos del hombre de acción.

El método histórico seguido por Rojas es propio, novísimo, lleno de personalidad. Su sistema analítico concibe la literatura como una «función de la sociedad», y en su caso, de la sociedad argentina. La *argentinidad* es para él como «el coeficiente de una tierra, un hombre, un idioma y una cultura, que al fundirse en el Plata de maneras nuevas en la historia, generaron este fenómeno nuevo que se llama la civilización argentina».

Mas, lo que nos sorprende en él, lo que presta relieves inconfundibles a su mentalidad, es la manera altamente filosófica de concebir la sustancia histórica. Oíd cómo la define: «La historia de un pueblo no es sino la historia de sus generaciones, y éstas no consisten en la mera sucesión de la sangre fluyendo en el tiempo como las olas en el cauce de un río. Se dice que una nueva generación ha llegado cuando cambia el tono de la sensibilidad, la línea de la actitud, el ritmo de la marcha. Entonces suele verse que una sociedad se transforma; su su filosofía, su literatura, sus costumbres, todo se reacomoda en un proceso

de hondas raíces espirituales. Parece entonces que oleadas de almas bajaran de lo desconocido a infundir nueva vida en la permanencia de las cosas, como soplo de inspiración musical que al infundirse en la orquesta va moviendo maderas y cobres y cuerdas, o despertando conmovedores acordes, o transfigurando el tema inicial en otros timbres, o introduciendo temas nuevos en el desenvolvimiento de una sinfonía infinita... Los cambios dramáticos que constituyen la historia, nacen precisamente de las nuevas formas de pensamiento, de sentimiento o de acción que las generaciones nuevas traen a la vida. Por eso interesa saber si ha llegado una nueva generación argentina, distinta de las otras, no por la edad sino por el contenido espiritual preñado de nuevas realidades futuras. Las generaciones de la simple cronología no cuentan en la historia. Se dice que una nueva generación ha llegado, cuando, por una suerte de intuición mística, se advierte que del fondo altísimo de las estrellas han descendido miriadas de almas nuevas para poblar el mundo».

Acreciendo este tono profético que parece ser una de las manifestaciones de su carácter intuitivo, Rojas ha dicho en un célebre discurso: «Afirmo que una nueva generación espiritual ha llegado para entrar en la historia argentina; afirmo que una nueva generación ha llegado y presiento que cambios fundamentales prepáranse en nuestro destino porque descubro en el alma de nuestros jóvenes una gran inquietud. Pero esa inquietud no basta como fuerza creadora. Es necesario conocer con disciplina intelectual los valores del pasado; es necesario definir con honestidad moral el desacuerdo con las cosas del presente; es necesario dar con claridad precisa y previsora el programa del porvenir».

Estas palabras de Rojas, saturadas de reposado y hondo espiritualismo filosófico, deberían ser, al menos en nuestra América, estudiadas y repetidas. Contienen, además de su profetismo, un nuevo sentido de la historia, fecundo en resultados sociales y políticos. Cuando niega a la cronología el primer puesto en la historia, crea una revolución de principios, de métodos históricos. Es necesario juzgar la vida de los pueblos por sus manifestaciones creadoras, por las etapas de su desarrollo intelectual y moral y no por la simple sucesión de sus hombres y de sus hechos materiales. En Rojas, a nuestro juicio, comienza a definirse el papel de la historia literaria como elemento educador. Alguna vez hemos recordado aquellas palabras de Segismundo Moret que parecen calcadas en un pensamiento anterior de Hugo: «Se nos ha dado hasta ahora la historia de los Reyes y de las batallas», decía el gran político español. Y es cierto que hay necesidad de profundizar mucho en el pasado y hacer labor individual de análisis y de selección para llegar a concebir el sentido íntimo de la historia. Ese sentido es, según Rojas, estrictamente psicológico: revela las transformaciones operadas por la acción cultural en el tono de la sensibilidad colectiva. La historia de Grecia es por eso, excelente: es una historia del pensamiento, la antropometría de una cultura. A veces interesa más Plutarco, a pesar de sus incertidumbres y fábulas, o un Herodoto a pesar de su credulidad infantil, que un Gerber, que un Thiers, que un Duruy. Estos hacen historia cronológica, recuento de hechos, pero carecen a menudo de interpretación subjetiva, es decir, de filosofía de la historia.

En Rojas adquiere la naturaleza humana un sentido más hondo y más cálido: parece rejuvenecida. Su humanismo es producto de una maceración del gusto artístico llevado hasta lo indecible. Su palabra sencilla y ardiente es como un apretón de manos; se dirige siempre a la amistad, por la cual tiene una predilección socrática. En ello se advierte el deseo, quizá instintivo ya, del educador: proceder en la diaria relación con los hombres por la persuación, dirigiéndose de preferencia hacia la parte emotiva y sentimental, pero iluminándola racionalmente con luz viva y segura. Si para hablar de él me he ocupado al principio del nacionalismo, ha sido con el objeto de significar en su obra todo un sistema de orientación política que busca, mejor que en las restricciones legales y en los distingos de raza, la razón de ser una entidad universalista, congregada bajo los auspicios del pensamiento literario como máxima expresión cultural.

Lo que fué hasta hoy simple anhelo de grupos ideólogos, es ya en Rojas un sistema: él puede revalidar aquellos versos de Schiller que vienen frecuentemente a nuestra memoria siempre que consideramos el fenómeno del nacionalismo contemporáneo:

«Soy ciudadano del mundo
y compatriota del Hombre».

El nacionalismo de Rojas deja del lado la cuestión de la sangre, del origen étnico. Aunque desea producir una cultura argentina, un colorido especial en la expresión social, una síntesis fecunda de todo el mixtiraje histórico, se dirige principalmente a la unidad de las ideas y al concurso generoso de la voluntad. Una vez impresa fuertemente la dirección de las masas, la obra gubernativa debe dirigirse en el sentido estético y moral. La patria es, según su sentir, algo más que la tradición: supone, sobre todo, la unidad mental y la devoción al porvenir.

Yo saludo en Ricardo Rojas a uno de los maestros de la juventud hispanoamericana, a uno de los grandes devotos de la libertad espiritual y a uno de los creadores más originales de la ilustre República Argentina: os invito a participar de mi entusiasmo.

RAFAEL CARDONA.

México, 4 de abril de 1927.

s/c: Querétano, 72. Depto. 3.
México. D. F. México.

El Dr. Mendieta responde al Cuestionario abierto por el señor Vincenzi

(2.—Véase la entrega anterior)

He contestado, amigo mío, su cuestionario, que es de un filósofo y de un literato, o sea de un pensador que no conoce la dinámica política ni penetra los problemas que ella implica ni las dificultades prácticas que presenta.

Y es por esto que no hallaría completa mi contestación si no le agregara el siguiente apéndice:

CUESTIONARIO:

1.ª ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

2.ª ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3.ª ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

4.ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5.ª ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?

6.ª ¿Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

A

Los problemas que Ud. plantea en su encuesta, se los ha planteado desde los orígenes de su organización (1899-1904) el Partido Unionista Centroamericano, y la resolución de los mismos los ha perseguido a través de los años con una costancia y una tenacidad que no se usan en Ibero América. y de la cual sólo puede hallarse ejemplo contemporáneo en ciertas escuelas de política doctrinaria que hubo en Rusia antes que cayera el zarismo.

Sin querer es Ud. injusto con su propia patria en su libro *Caracteres Americanos*, que recibí en Diriamba a mi regreso de Guatemala el año último, pero que no pude leer sino hasta en la semana próxima anterior y en esta ciudad de Cartago.

Ud. tiene frases de muy justo elogio para luchadores como Vasconcelos de México y Blanco Fombona de Venezuela y no tiene ni una sola frase siquiera de recuerdo para los luchadores que en Centro América han ido formando — zapadores en salvaje manigua—el Partido Unionista Centroamericano, que es la luz batiéndose contra las tinieblas, la civilización contra la barbarie, la ruda y viril verdad contra la mentira bizantina y degeneradora.

Ignora Ud. a un Marciano Castillo, caballero Bayardo de tanto fuste como Blanco Fombona; ignora Ud. a Carlos Serpas, vasta mentalidad que derramó a torrentes la luz en la conciencia del pueblo centroamericano; ignora Ud. al poeta Agustín Luján, que llevó a toda nuestra América las tristezas de este pueblo céntrico del mundo, que carece todavía de hogar, porque se lo han despedazado cinco mandones que atan con su vanidad, su impudicia o su brutal rudeza al poste de la insignificancia a ese gran pueblo, cuyas poderosas fuerzas latentes pugnan por exteriorizarse buscando en vano punto de apoyo para la palanca irresistible de la unidad nacional; ignora Ud. a Agustín Bustillo, romántico Artagnan listo siempre a jugarse la vida por la justicia y la libertad; e ignora Ud. a Francisco Moraga, héroe imberbe, casi un niño, que amaba el peligro y lo desafiaba en defensa de la verdad y del bien con una impavidez que ponía pavura en los más poderosos enemigos de la buena causa.

Y todos ellos, con su pensamiento, con su brazo, con su indomable valor de convencidos, abrieron surco en medio de la cerrada incomprensión, hicieron trochas en el bosque virgen y despejaron los caminos por donde pueda circular el pensamiento de Centro América y por donde pueda extenderse el sentimiento nacional hasta que entrecruzados pensares y sentires, de la frontera mexicana a la panameña pueda llegar la hora bendecida en que resurja la nacionalidad de 1821, sin la cual—oígalo Ud. bien, señor Vincenzi—es inútil esperar que México, las Antillas españolas, la América del Sur y la Península Ibérica, se solidaricen, y menos aún que lleguen a formar una confederación en el mundo internacional.

El problema que Ud. esquematiza en las seis preguntas de su cuestionario tiene en nuestro país—en la Centro América que Ud. ha mirado sin ver—la fundamental y más formidable de sus incógnitas.

Si no se despeja la relativa a nuestra nacionalidad, restableciendo la República Federal de Centro América, tenga Ud. por seguro que nuestra Centro-América, empezando por nuestra idílica Costa Rica, será dentro de pocos años una despreciable factoría; que México se hallará como Robinson en su isla, imposibilitado de surcar el ancho dorso del mar; que las Antillas españolas olvidarán su idioma y su hispanismo; y que la América del Sur evolucionará descentrada y desmigajada, sin llegar jamás a la meta del alto destino que le corresponde dentro del conglomerado racial ibero-americano, si éste conecta sus energías y plasma en la realidad de los hechos el sueño de Bolívar.

Estudie Ud. el problema unionista de su propia patria Centro América, ahóndelo con sus admirables dotes de filósofo y hallará que como aquellos exploradores brasileros de que habla Marden, ha buscado Ud. fuera de casa el diamante del problema ibero-americano, teniendo Ud. en el pegujar solariego la mina de donde ese diamante tiene que desprenderse, si es que la raza ibero-americana ha de llenar la misión de unificarse, como etapa preparatoria de la grande y fraternal unificación de la humanidad.

B

¿Es asequible el acercamiento de los países ibero-americanos hasta el punto de que puedan formar una confederación?

Permítame contestar a esa pregunta con los siguientes párrafos que relativos al pensamiento unionista de Bolívar contiene mi reciente conferencia de Panamá:

El pensamiento unionista de Bolívar

En 1808, formaba el Imperio Español la más vasta y rica aglomeración de países; de esa época me parece que son unos hermosos versos de Bello en los cuales, como Kipling en reciente fecha respecto al Imperio Británico, cantaba orgulloso el poder de la raza española y vaticinaba el gran porvenir que le reservara el destino.

Esos versos de Bello, apenas conocidos y menos estudiados, tienen el gran valor de un cuadro pisicológico; fueron escritos por un americano antes de la invasión napoleónica y exteriorizan el pensamiento sintético y el sentimiento colectivo de las varias fracciones que formaban entonces el gran imperio donde nunca declinaba el sol.

Bello, en efecto, pertenecía a la prócer generación de Hidalgo, Irisarri, Miranda, Bolívar, San Martín y O'Higgins, que se consideraban ciudadanos de Hispano-América, y no exclusivamente de cada una de las regiones en que después se dividió. Es un error creer que los peninsulares todos consideraban en aquella época

como siervos a los nacidos en la América española; y tanto es así, que al ocurrir el levantamiento contra Napoleón y al organizarse las Juntas de Gobierno, el manifiesto de la central a los ex-americanos—redactado por Quintana—condena los abusos del régimen absolutista, declara la igualdad de derechos de los españoles de ambos continentes y promete la reparación de toda injusticia por las representaciones en las Cortes Generales del Reino.

El manifiesto redactado por Quintana y suscrito por la Junta Central evidencia el estado de espíritu de una gran parte de las clases sociales en que se dividía entonces el pueblo peninsular, y demuestra las nuevas orientaciones que ya buscaban los más altos pensadores de España, que luego en las Cortes de Cádiz cristalizaron sus anhelos de fundamental reforma; en ese manifiesto se transparentan las dos Españas: la reformadora y liberal que había de traer la Constitución, el parlamentarismo y el disfrute de todas las libertades que caracterizan a los pueblos modernos; y la otra España, absolutista, de cerrado fanatismo religioso, hermética ante toda innovación, profundamente rezagada como los personajes de Dante que miran hacia atrás.

Cuando la invasión napoleónica y la heroica guerra de independencia de España hicieron posible la emancipación de las colonias, la guerra que al efecto estalló en México y en la América del Sur, era una guerra puramente civil, entre los españoles que deseaban la reforma y los españoles que se aferraban a las muertas ideas medioevales.

En consecuencia, es un error fundamental tener a Hidalgo, a Miranda, a Bolívar, a San Martín, a O'Higgins y a todos los grandes capitanes de la independencia americana como héroes opuestos a España y a los españoles, siendo así que son héroes en el más grande sentido de la palabra, pero no contra España sino contra la tendencia suicida de una parte de la mentalidad española que se negaba a entrar en la corriente de vida que la Revolu-Francesa hizo brotar para las nacionalidades modernas.

De esta manera, la guerra de independencia de las colonias contra la metrópoli fué un aspecto de las guerras civiles que posteriormente sostuvieron en la Península los negros y los blancos, los doceañistas y los apostólicos, los cristianos y los carlistas y por último, los monárquicos y los republicanos. En las filas de los libertadores de América figuraban peninsulares y en las filas de los generales absolutistass, figuraban americanos.

A las Cortes de Cádiz fueron nuestros representantes, y allí, unidos a los de la Península plantearon numerosas reformas y abrieron el cauce al renacimiento parlamentario de la raza española.

Como es natural, la guerra de independencia—cruenta y prolongada—produjo grandes odios entre los contendientes, y por un proceso psicológico y emotivo muy corriente, esos odios se sintetizaron en globo contra españoles y americanos, respectivamente.

El tiempo ha venido a destruir prejuicios y a desvanecer resentimientos; y es necesario hacer constar de modo especialísimo que ni nosotros los centroamericanos ni vosotros los panameños, tuvimos nunca en nuestros respectivos países los odios que produjeron la guerra de independencia, porque tanto la nuestra como la vuestra se realizaron en paz, con la más perfecta armonía entre criollos y peninsulares.

Así se explica cómo Centro América jamás ha tenido una palabra de odio para la madre España, y así se explica cómo mi patria siente por la vieja creadora de pueblos el más intenso amor filial, y cómo espera tanto de ella en la lucha decisiva que necesita emprender para salvar su nacionalidad y tener así derecho perfecto e indubitable de ocupar un puesto digno bajo el sol del mundo internacional.

Realizada la independencia de todo el Continente hispano-americano por la generación que habiendo pertenecido al Imperio español, sentíase una desde California hasta la Tierra del Fuego, era muy natural que Bolívar pensara en mantener los vínculos de unidad en las diferentes porciones que emancipadas de España iban a organizarse como naciones independientes.

. . . .

Esa videncia genial de Bolívar hacíale comprender que la emancipación de las colonias era sólo la mitad de la grande obra encomendada a un creador de naciones, y que la otra mitad complementaria era la unidad que debía darse a las nuevas entidades internacionales para que orillaran los peligros de una reconquista europea y crecieran sin riesgo en el propio Continente Occidental.

Ya en 1810, Ayos había sugerido la idea de que al emanciparse las colonias americanas formaran una vasta federación; posteriormente el centroamericano Valle y el argentino Monteagudo insistieron en ese pensamiento; y un año entes de que el Libertador redactara en Lima la invitación a los varios gobiernos de las recién emancipadas colonias, la Asamblea Nacional Constituyente de Centro América exitó por medio de un decreto a todos los cuerpos deliberantes de la América española para que dictaran disposiciones tendientes a obtener la confederación efectiva de las nuevas nacionalidades.

. . . .

La encomienda colonial fué la forma que en la América española tomó el feudalismo, que agonizante en Europa durante la conquista, pudo prosperar en su trasplante a los nuevas tierras descubiertas por Colón: esa encomienda, unida al sistema religioso, político y económico de la Colonia, y a las costumbres del gobierno entre los indios, hizo nacer y vigorizó de modo extraordinario el caciquismo; de manera que las naciones recién emancipadas y organizadas con el nombre de repúblicas democráticas, eran simples aglomeraciones sociales que descansaban sobre un profundo estrato de intereses y costumbres del más arraigado caciquismo.

Esta sociedad feudad no podía tender voluntariamente a la síntesis reguladora que anhelaba Bolívar, y sólo habría podido aceptarla impuesta por un caudillo todopoderoso y en circunstancias propicias. En 1826, Bolívar difícilmente mantenía unida a la Gran Colombia y la situación interna de los otros países hispano-americanos en nada favorecía las previsoras determinaciones del grande hombre que había consagrado su vida a la libertad de este Continente.

De ahí que poco antes de morir se viera invadido por el más negro pesimismo, que creyera haber arado en el mar y que pensara que el caos sería la imagen del Continente que había hecho nacer a la vida internacional.

La incomprensión del medio, las decepciones y la enfermedad misma que agotaba al Libertador explican ese profundo pesimismo, que dichosamente fué más allá de la realidad; cierto que el feudalismo fragmentario imposibilitaba en aquella época la realización del magno pensamiento bolivariano; pero frente a ese germen de disolución hallábanse otros gérmenes de fecunda solidaridad; de una parte, la falta de tradiciones monárquicas; de otra la tendencia igualitaria de todos los habitantes, que en definitiva tenían que ser hijos de sus obras; de otra, el anhelo, vago, pero efectivo, de las masas para obtener la libertad y el bienestar; y de otra, las riquezas invaluables atesoradas en los vastos territorios que ocupaban las antiguas colonias.

En consecuencia, dibujábase para el porvenir la lucha entre la tendencia a la solidaridad, alimentada por esos gérmenes, y la tendencia al aislamiento hostil, alimentada por el feudalismo fragmentario, o sea el caciquismo enervador que ha sido y

todavía es para la América española el parásito voraz e insaciable que merma sus energías y a veces las reduce a la más desesperante impotencia.

Esa lucha quedó planteada desde que momentáneamente fracasó el pensamiento sintético de Bolívar; pero ese pensamiento genial es dueño del porvenir, que verá destruído el caciquismo y triunfante la solidaridad de una raza llamada a los más altos destinos con tal que equilibre las tendencias centrífugas y centrípetas que batallan en su seno.

Muerto Bolívar, su pensamiento unionista pareció hundirse en la misma tumba que el héroe; pero aquella idea genial era una verdad en marcha, y así la vemos resucitar en el Congreso de Lima, en la gallarda actitud de Honduras respecto a México en 1847 y en 1863, en la del Perú hacia Centro América en 1856, en la de Colombia hacia México en 1865, en la de Guatemala hacia Cuba en 1874.

Verdad es que la otra tendencia, la fragmentaria y suicida del aislamiento hostil, dió pruebas de vitalidad en diferentes ocasiones: la guerra del Pacífico en 1879, la actitud de México contra la tentativa unionista de Centro América, iniciada en 1885 por el Presidente Barrios; la indiferencia continental ante la guerra entre Estados Unidos y España, y la misma indiferiencia ante los problemas que plantearon la segregación de Panamá y los actos de política imperialista en Santo Domingo, Nicaragua y Haití, demuestran que el feudalismo fragmentario tiene aún fuerzas de reserva y que la empeñosa batalla entre el egoísmo y el altruísmo, o sea entre el aislamiento suicida y la vitalizadora solidaridad, apenas se ha iniciado.

Pero no cabe duda que el pensamiento unionista de Bolívar flota sobre todos los países americanos de origen ibérico y que, por rara dinámica de la psicología racial, ese pensamiento ha traspasado el Atlántico y se cierne sobre la Península Ibérica, demostrando cómo la genialidad del gran español Simón Bolívar abarca en sus lógicas proyecciones a los ibero-americanos de ambos mundos y de todas las latitudes».

SALVADOR MENDIETA

(Concluirá en la entrega próxima).

La civilización norteamericana

Para A. TORRER RIOSECO

En un notable libro André Siegfried acaba de estudiar con sagacidad a *Los Estados Unidos de hoy*, cuya prosperidad material incontestable alcanza un grado tal que apenas podemos formarnos una idea borrosa de ella en Hispanoamérica.

Lo que entre nosotros significa lujo, en los Estados Unidos es de uso corriente aún entre las clases obreras. Fenómeno nuevo en la historia de la humanidad, que nos deslumbra y maravilla. Pero lo que se nos antoja más imprevisto todavía en la sociedad que realiza tal milagro, es que todas las energías y todos los ideales, y hasta la misma religión, persiguen allá un fin productivo. Estamos en presencia de una sociedad de rendimiento *que se afana en producir más cosas que hombres.*

Esto entraña, sin duda alguna, un motivo de inquietud para lo porvenir. Esa actividad llevada hasta el paroxismo oculta un peligro: la desaparición del hombre como individuo, ya que su integridad no está garantizada ni como productor ni como consumidor.

Si el fin que se propone una comunidad es suministrar al mayor número de asociados posible la mayor cantidad de objetos de confort y de lujo, los Estados Unidos están a punto ya de realizar tan efímera aspiración. Sin embargo, ese confort al alcance de todos, que se traduce para cada obrero en la posibilidad de tener casa y automóvil propios, se paga a un precio casi trágico: el de millones de hombres condenados al automatismo. La estandarización de la industria conduce a la estandarización del individuo mismo.

Existen, relativamente, pocos pequeños propietarios en los Estados Unidos y el artesano aparece allí como forma arcaica del trabajo humano. Con la desaparición de él se va desvaneciendo cierta concepción del hombre, asociada en nuestro espíritu a la misma idea de civilización. Crear con personalidad sigue siendo el supremo ideal de la raza latina, incompatible con la fabricación en serie de que se ufanan los industriales norteamericanos.

El precio, pues, a que el yanqui paga su progreso material portentoso y brillante, implica el sacrificio del aspecto más atractivo de la civilización. Avanza por un lado pero retrocede por otro. Vence al viejo continente en el terreno práctico, pero marcha a la zaga de él en cuanto significa individualismo y refinamiento. Por eso, los Estados Unidos no han producido hasta ahora un arte nacional. Ni siquiera experimentan la necesidad de producirlo.

Todo en la sociedad norteamericana (admirable desde el punto de vista material, pero opaca y mediocre espiritualmente considerada) está encaminado a la eficacia del rendimiento. Para un yanqui, el argumento de la mayor producción no tiene réplica. Esta idea priva hasta sobre la de libertad. La investigación individual desintereseda se considera como algo patológico. En las Universidades, la mayoría de los estudiantes busca en la enseñanza una verdad *toute faite* y exige de sus maestros, en vez de cultura, un instrumento de éxito.

La civilización norteamericana tiende hacia un colectivismo de hecho, que favorece únicamente a las *élites*, mina la libertad del hombre y canaliza tan estrechamente su actividad, que impulsa al mismo individuo a renunciar a su propio yo. Desde este punto de vista, la sociedad estadounidense contemporánea se asemeja a la sociedad antigua, en la que el ciudadano pertenecía a Ciudad. Y ello sucede así, gracias a un régimen de producción industrial que la antigüedad no podía prever.

Las generaciones jóvenes no protestan ni reaccionan contra esa tiranía colectiva, sino que la aceptan como un hecho fatal, porque han perdido todo sentimiento individualista y derivan ventajas del régimen imperante. Su misticismo materialista no les deja entrever que con esa abdicación pierden su hombría y su independencia intelectual y moral.

El observador imparcial, se pregunta dubitante: ¿si la insaciable concupiscencia de bienes materiales que domina a ese pueblo, conduce, en fin de cuentas, a una civilización más alta? Y al percibir las consecuencias extremas que la práctica de las formas modernas de producción industrial desarrollan en esa porción del Nuevo Mundo, no encuentra respuesta a su interrogación sino que suspende el hilo de sus cogitaciones, medroso y desconcertado.

Viendo a Hispanoamérica desde los Estados Unidos, a la luz del contraste norteamericano, nos damos cuenta de que en la jerarquía de los valores que ya empezamos a imponer al mundo, la lucha por los bienes materiales no lo absorbe todo, sino que deja amplio campo al pensamiento libre y desinteresado, a la investigación de los goces del espíritu, que son los únicos medios para propiciar la grandeza de los pueblos.

La misma aprensión que en víspe-

ras de la guerra europea sentía Francia ante el sistema germánico de explotación del mundo, experimentamos nosotros frente a los métodos norteamericanos. Si éstos triunfan, la productividad del globo alcanzará un crecimiento formidable. ¿Pero a qué precio? Acaso sería oportuno recordar ahora el verso de Juvenal: *Et propter vitam vivendi perdere causas.*

MARIO SANTA CRUZ

P. S. Amigo García Monge:

Le incluyo un artículo sobre la civilización norteamericana, que me parece de actualidad para el REPERTORIO en estos momentos en que la intervención yanqui se perfila brutal sobre los países del Caribe. Los Estados Unidos que no cotizan en su Bolsa más que valores materiales, se ríen de aquellas zarandajas que los latinos llamamos pomposamente: autonomía, derecho internacional, libre determinación. Urge que tratemos de comprender la psicología de los gringos para que no nos hagamos ilusiones acerca de su generosidad nacional cristalizada en la Doctrina Monroe.

Veo con complacencia que su REPERTORIO se va imponiendo como epítome de la Raza a todas las mentes lúcidas de nuestra América. El éxito de Ud. no tiene precedente entre nosotros y regocija a los que como yo, siempre esperaron de Ud. cosas grandes y maravillosas: el desinterés es el mayor de los taumaturgos. Lo abraza su afmo. amigo, *M. S. C.*

s/c: Eliseo No. 16. México, D. F. México

Los yanquis que necesitamos

=De *El Tiempo*. Bogotá=

REFIEREN que el general Rafael Uribe Uribe, cuyo celo por Colombia es harto conocido; cuyo odio al imperialismo era, consiguientemente, de los más acendranos, tropezó en ciertaocasión, creo que fué durante un paseo al Salto de Tequendama, con aquel simpático y colombianófilo James T. Du Bois, que tan gratos recuerdos dejó en Bogotá y en toda Colombia.

Después de conversar un rato con el general, el Ministro norteamericano, que no ignoraba cuáles eran las opiniones de aquel interlocutor que tan cortés y amable se le demostraba, no pudo menos que observarle:

—Pero usted, general, nos odia a los norteamericanos, según tengo entendido.

A lo que el vivaz Uribe Uribe, contestó, con tanta oportunidad como gracejo:

—Es que usted, señor Ministro, es el yanqui que yo necesito.

Traigo a cuento la anécdota, porque me vino a la memoria al leer lo que, según dice el cable, contestó el Presidente Calles al Senador Borah, en telegrama que este último acaba de dar a la publicidad en los Estados Unidos.

Todas las compañías petroleras de México, que son trescientas ochenta, aceptaron, como debían hacerlo, la legislación mexicana relativa a la explotación del subsuelo; todas... con la única excepción, elocuente por cierto, de veintidós de ellas: que fueron la Standard Oil Company, las de Edward L. Doheny y las de Harry Sinclair.

Para que la actitud insolente e injustificable de esas entidades resalte más de lleno, ha de tomarse en cuenta que, como ya lo indica el telegrama del señor Calles a esas entidades, con todo y sumar sólo veintidós en un total de trescientas ochenta, se les señaló una extensión de un millón quinientos setenta y ocho mil acres explotables; en tanto que a las trescientas cincuenta y ocho compañías restantes, las que no opusieron dificultad en someterse a la ley, se les había señalado apenas una extensión de veintiséis millones ochocientos mil treinta y cinco acres. Basta hacer unas elementales operaciones de aritmética, para convencerse de que, si hubo falta de equidad en la fijación de las zonas explotables por cada compañía, fué para inclinarse a favor de la Standard Oil, de Doheny y de Sinclair, cuya resistencia a las leyes mexicanas aparece, por ende, tanto más indefensable,

Los señores Doheny y Sinclair, bueno es recordarlo, figuraron de manera no muy honrosa, por cierto, en el feo y monumental escándalo del Tea Pot Dome. Innecesario es remover aquí ese fango, que salpicó de pies a cabeza a los dos miembros del gabinete, los señores Fall y Daugherty: del que la memoria del difunto Presidente Harding no salió muy limpia que digamos. Baste al intento de este comentario poner de presente que los mismos que trataron de entrar a saco en la riqueza petrolífera de los Estados Unidos, para lo cual no se detuvieron ni ante el soborno de uno de los Ministros del Gabinete, el señor Fall, son los dos que quieren lanzar al pueblo norteamericano en contra de México, cuyo único delito consiste en oponerse, como pueblo consciente y digno que es, a que se burlen las leyes dictadas en uso de un perfectísimo derecho para reglamentar la explotación de sus riquezas naturales.

A estos sujetos y a otros de la laya, apoya el gobierno del señor Coolidge; en contra del querer y el sentir del pueblo norteamericano, al cual, no me cansaré de repetirlo, no debemos juzgarle por la conducta atrabiliaria de sus gobernantes.

Como en estas cuestiones, que nos afectan más de cerca de lo que algunos creen o aparentan creer, tanto dañan la falta de previsor patriotismo como el extravío de ese sentimiento, que en el caso de pueblos débiles como los nuestros, es casi un instinto de defensa orgánica; juzgo mi deber, aunque mi radio de acción sea modestísimo, nulo si se quiere, exhortar a todos mis compatriotas a que no confundan las especies, lo que fuera lamentable y funesto; a que se guarden de dirigir su indignación y su odio contra el pueblo norteamericano, ya que eso sería hacerles el juego a los que quieren valerse de la fuerza, de las riquezas, de la vida misma de ese grande y engañado pueblo para llevar adelante, en nombre de los intereses de los Estados Unidos y para exclusivo provecho de los intereses de unos cuantos vivos, sus trapisondas.

Hay que indignarse, hay que sentir odio, hay que apercibirse contra el imperialismo yanqui; para lo cual es preciso, urgente, imperativo, establecer contacto y ponerse de acuerdo con los yanquis a quienes, usando la frase del ilustre Uribe Uribe, necesitamos: los que como el Senador Borah, los periodistas de *The World*, el insigne director del semanario *The Nation* y otros muchos más, sostienen las tradiciones honradas de un gran pueblo al que las actuales caricaturas del coronel Roosevelt quieren lanzar por la senda de los atropellos, las conquistas y la deshonra.

DMITRI IVANOVITCH

Nota del Editor—Con el pseudónimo de *Dmitri Ivanovitch*, suscribe su producción literaria el estimado escritor colombiano José Luis Betancourt. Reside en Bogotá, oficina de la United Press.

La diestra de Martí

A Agustín Acosta, el poeta de las estrofas panfletarias de Cuba.

En el centro del amplio y arbolado Parque Central de la Habana, plasmada en mármol níveo, se eleva la augusta figura de Martí, erguida y serena, como una realidad amada, con su noble y meditativa frente en alto, con sus hondas pupilas huecas avizorando el infinito, mientras tiende con un gesto angustioso de centinela, su diestra libertaria... Señala, certeramente, a los hombres, a las mujeres y a los niños de su pueblo—que le rodea con frenético cariño filial—la ruta del Norte incierto, que magnetiza como una boa.

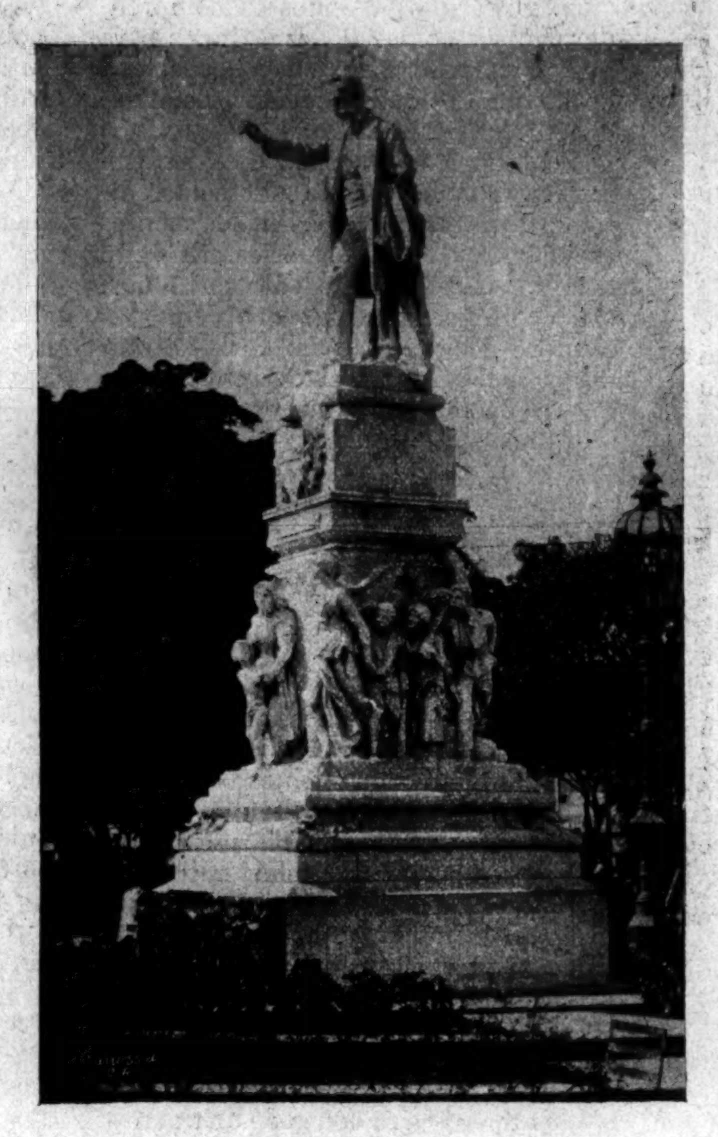
Pero también pienso, con tristeza profunda, que el utópico y sublime muerto de Dos Ríos, alza solamente su índice de idealista y libertador, a la altura de su melancólico rostro, para mostrar, con enérgico ademán de bravura, la guarida áurea y férrea del enemigo fatal, cuñas entrañas son voraces como abismos, estérilmente.

Martí es imponente en esa sencilla y natural postura del Parque Central habanero. Tiene la actitud del Apóstol predicando bellas y sabias doctrinas de amor, de fraternidad, de tolerancia, de libertades y justicias. Así de pie, con la diestra levantada, parece un vidente, es un maestro que discurre con verbo dulce y viril, a pueblos infantiles, sobre la libertad... Sus sermones libertarios, incendian, purificando.

Así de pié, en esa actitud marcial y apostólica, Martí es predicador de vigorosas liberaciones... De esa manera habló Sócrates a sus discípulos, en los instantes que libaba la cicuta de los tiranos; así habló Cristo a sus apóstoles, poco antes de encaminarse al Gólgota; de ese modo habló Don Quijote, al despojarse de su gallarda personalidad caballeresca, en los umbrales de la tumba; así habló Bolívar, en las solitarias y nostálgicas playas de Santa Marta, susurrando su adiós último a los pueblos de su América anarquizada y ebria de amargores inmensos...

¡Gestos sublimes, actitudes grandiosas de los hombres apocalípticos, predestinados a vivir en la conciencia de la Humanidad!

Alto, muy en alto está Martí con su diestra viril y fraterna, tendida hacia el Orto, como señalando un peligro, como indicando una senda de traiciones y muerte... o de esperanzas y vida.



Y el extranjero, devoto y errabundo admirador del patricio cubano, se descubre ante la piedra viva que evoca su apostólica vera efigies, enclavada en el corazón de la ciudad cosmopolita, arlequinesca y dramática.

F. Laguado Jaime

Habana, 1927.

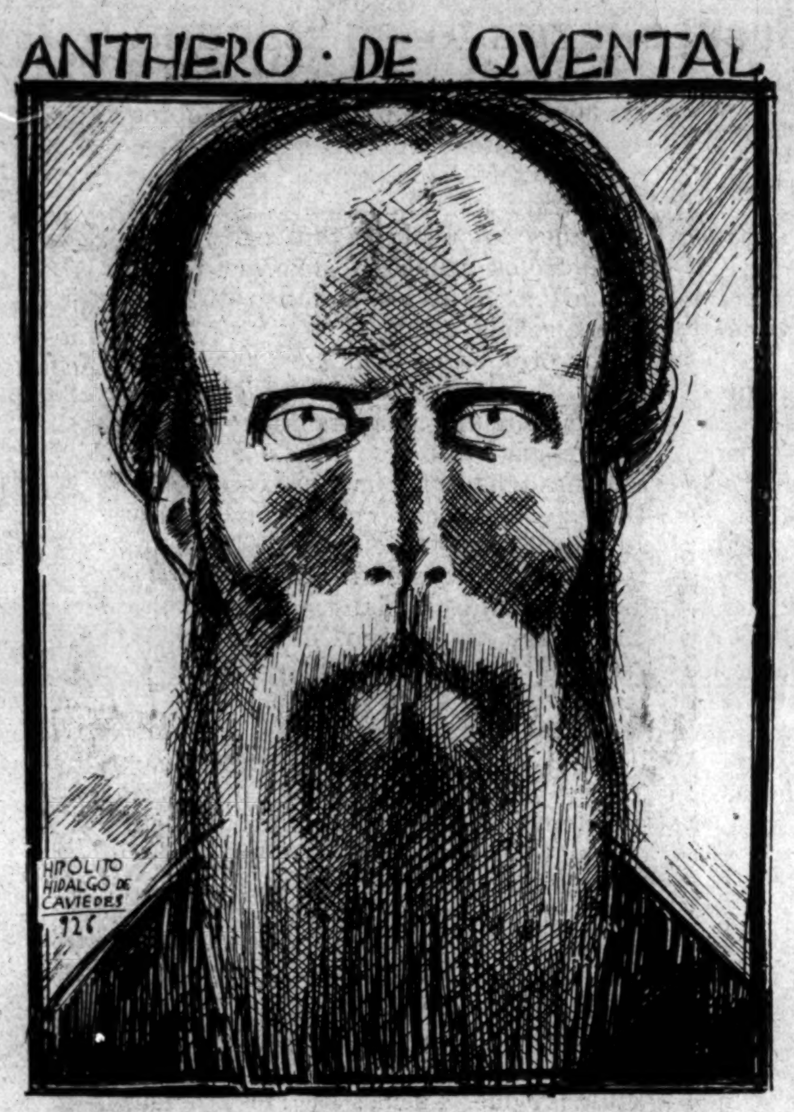
Martí

De todos los honores que yo pudiera recibir en esta hospitalaria tierra cubana, ninguno puede lisonjearme y conmoverme tanto como el de participar en este delicadísimo homenaje que el culto pueblo de Manzanillo rinde al gran escritor, al gran poeta y al gran libertador de Cuba. Gran escritor y gran poeta porque en Martí la literatura no es algo pegadizo y ajeno a su verdadera personalidad, como en muchos escritores de quienes decimos, después de conocerlos· «¡Qué desilusión! El hombre no está a la altura de su obra», o al contrario: «La obra no está a la altura del hombre». En Martí, el escritor y el hombre se funden e identifican, y el escritor es grande porque es grande el hombre. La obra es un trozo palpitante de humanidad y el hombre es un poema vivo en movimiento. La prosa y los versos de Martí, tal vez los versos más hondos y humanos que ha producido América, eran la expresión no sólo de su delicadísima sensibilidad, sino de su egregio carácter, que le llevó a morir por su patria, con un espíritu de sacrificio y bello heroísmo de pura estirpe clásica. Fué poeta-soldado, como Garcilaso, que también murió con la espada en la mano, y como Byron, que murió yendo a combatir por la libertad de Grecia. Fué el hombre perfecto: hombre de acción sin dejar de ser hombre de sentimiento y de pensamiento. Su espada era como una prolongación de su pluma, y su pluma, una prolongación de su espada libertadora.

Como español, yo me enorgullezco de la grandeza de Martí, porque Martí, como escritor no es sólo cubano, sino de todos los pueblos de habla castellana, y, como soldado, dió su sangre por la patria, pero también un ejemplo de liberación a los hombres de todas las patrias esclavas. Hace dos años, con motivo del centenario de la batalla de Ayacucho, que decidió la emancipación de casi toda América, yo escribí en un periódico de España que la juventud liberal española estaba espiritualmente al otro lado de la trinchera, al lado de los que lucharon por la libertad hispanoamericana. Del mismo modo digo ahora que la España joven, es decir, la España republicana, está espiritualmente al lado de Martí y de los que cayeron con él por la libertad de Cuba, porque la libertad y la justicia están por encima de todo, por encima hasta de la patria histórica. Como español, en fin, yo os digo que en España nos hace falta un Martí.

Luis Araquistain

(De *Social*. Habana).



(Dibujo de HIPÓLITO HIDALGO DE CAVIEDES)

Anthero de Quental en Castellano

SINGULAR resulta a mis ojos que el más sobrio, el más meduloso de los poetas recientes portugueses haya sido puesto en castellano por una poetisa modernísima, enamorada de la frase sutil y de la pompa verbal. Anthero de Quental traducido por Emilia Bernal. Anthero de Quental, la encarnación más perfecta en la Europa del siglo pasado, a la par de Giaccomo Leopardi, del espíritu que pudiéramos llamar clásico, traído a familiarizarse con nosotros por una escritora, seducida hasta hoy por el cascabeleo argentino del romanticismo.

Quizás la extrañeza desaparecería, si pudiéramos penetrar en lo íntimo de la poetisa camagüeyana. Su consagración, nacida casi de súbito, al gran poeta, de quien se convierte en turiferaria apasionada, nos descubre una gran afinidad entre ambos, en la manera de contemplar e interpretar la vida, aunque difieran radicalmente en el modo de expresarla. De una misma raíz han nacido dos ramas de distinta fiorescencia. Pero Emilia Bernal se ha encontrado ahora en su camino de Damasco; y, en este libro al menos, ha obedecido al exorcismo de un espíritu que no le era familiar, que no era el suyo.

Anthero de Quental fué un artista en todo extraordinario. Pasman las viscitudes mentales de su vida, y pasma la estupenda sinceridad con que las revela en su obra. Sus sonetos maravillosos son la biografía cinematográfica de un genio que aprieta en su mano, en cada momento, su concepción del mundo actual, de su mundo de entonces, hace de ella un bloque, y lo lanza plasmado en una página broncínea, para que perdure en la admiración del lector.

Cada soneto vive por sí, y vibra en ondas sin fin; y cada soneto va a enlazarse con el otro y el otro, en un entrecruzamiento de ondas que se alzan al cabo en magnífica sinfonía. La mayor parte de la obra del poeta fué destruída por él mismo. No importa. Surge de sus fragmentos, como el Fénix de sus cenizas aromáticas, el libro de los sonetos, cantando al orbe la apoteosis de su autor inmortal.

La escala de situaciones de espíritu y de afectos que recorre el poeta se va dilatando en perspectiva ilimitada. Y cada situación parece exclusivamente suya, y cada afecto, sentido de un modo peculiar. Nos dicen que Anthero de Quental tuvo accesos de misticismo; pero, si fué así, no hay en él nada del misticismo de Santa Catalina de Siena, de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, de Mme. Guyón, de Fenelón. El poeta amó en su juventud, dirigió sus versos a la que arrobó su alma, y no hay una sola poesía suya que pueda llamarse erótica. Fué pesimista; pero su pesimismo no envuelve su pensamiento luminoso en las tinieblas de la misantropía, es un pesimismo que se duele de las miserias que contempla y se explica. Fué irónico, con la más sutil y doliente ironía con que puedan sentirse las desgarraduras de su propia alma, con ironía que parece llorar sobre sí misma, y que oiría con horror la risa de Mefistófeles. Fué a parar, nos cuentan, al nihilismo filosófico, aspiró a fundirse en el nirvana búdico; pero este Buda portugués alzaba de súbito alas de oro refulgentes, y en dos o tres frases de inmortal inspiración se espaciaba por los cielos de la vida.

No, no sé lo que fué de Anthero Quental; porque fué todo lo humano, si bien acendrado y purificado en el crisol de la verdadera poesía.

Quien desee penetrar por ese campo de hechizos, donde aparecen y desaparecen, en ronda continua las hadas de la ilusión y de la realidad, confundiéndose y separándose alternativamente, para hacernos saber que la existencia se precipita tras sus voces agoreras, sin saber en todos los casos, si se arrastra o si vuela, lea con toda el alma estos poemas. El acento profundo de este mágico prodigioso quedará vibrando para siempre en su corazón.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Habana 26 de marzo, 1927.

(De *Social*).

Un libro costarricense juzgado en España

BRENES CÓRDOBA (Alberto): *Derecho civil de Costa Rica. Tratado de las personas.* San José. Imprenta Trejos Hermanos, 1925, 340 páginas.

Con el presente estudio termina el culto profesor costarricense su exposición de Derecho civil iniciada en 1906 con el *Tratado de los bienes* y continuada en 1923 con el de las *Obligaciones y contratos* (del que nuestro compañero Sr. Viñas Mey se ocupó en el t. XI, pág. 128 de esta Revista.)

Abren el volumen unas *Nociones preliminares acerca del derecho*, en las que expone el autor los conceptos generales del derecho y de la ley y las teorías relativas a la formación, interpretación, aplicación, límites y derogación de las leyes. Siguen los capítulos dedicados a la existencia y capacidad de las personas, así como los que tratan del domicilio y de la ausencia. Viene después la exposición del derecho de familia (tanto en su aspecto personal como patrimonial), que es la parte más extensa y también la más brillante del tratado, y termina éste con el estudio del Registro civil.

Lástima es que se prescinda por completo de la teoría del acto jurídico, quizá por no encajar dentro del plan tradicional que el autor sigue, y que se guarde silencio acerca de la costumbre como fuente de derecho, seguramente por estar ésta proscrita del Código de Costa Rica, como de la generalidad de los americanos. También es de sentir que el profesor Brenes omita en este tomo toda referencia a la sistemática moderna del Derecho civil. Aunque se opte por el plan antiguo, aunque se estime que el plan alemán o de Savigny tiene sus lunares y está aún lejos de la perfección a que debe aspirarse en la estructura del Derecho civil, ello no obsta para que sea indispensable en un tratado tener en cuenta este último sistema, tan difundido hoy y al cual va ligada la parte más considerable del pensamiento jurídico contemporáneo.

Pero sería ridículo dar demasiada importancia a estas o cualesquiera otras omisiones en que el autor haya podido incurrir. Bastante ha hecho con acometer la empresa de organizar científicamente, y por primera vez, el Derecho civil de su país. Oigamos lo que él mismo nos dice en el prólogo: «Siendo, como es éste, el único trabajo que respecto al estudio sistemático del Código de Costa Rica ha visto hasta ahora la luz pública, no puede menos de adolecer de errores y deficiencias, pues he carecido del auxilio de trabajos anteriores de personas mejor capacitadas que hayan explorado el mismo terreno. En obras de esta clase sólo llega a lograrse relativa perfección con el transcurso de varios años, mediante sucesivas ediciones en que se vayan corrigiendo los defectos y llenando los vacíos que los mismos autores notan o que la crítica señala».

Por otra parte ¿con qué autoridad íbamos a censurarle aquí en España, donde, teniendo una tradición científica respetable no hemos acertado todavía a hacer un manual conciso de Derecho civil, que reuna condiciones adecuadas para la enseñanza elemental de esta disciplina? La sobriedad y diafanidad que resplandecen en la obra del colega americano, el rigor y la exactitud de sus definiciones y fórmulas, el acierto con que selecciona y separa (distinguiéndolos con tipo de letra diversos) los puntos fundamentales y los complementarios o de ampliación, hacen de ella un modelo en el género didáctico, que nosotros debiéramos imitar.

Y al lado de estas cualidades tiene el libro de que nos estamos ocupando otras muy relevantes, como son su sentido filosófico-crítico y la atención que dedica a la legislación comparada. Lo primero resalta en casi todas sus páginas (pues apenas hay institución o regla que el autor no trate de fundamentar y razonar) y sobresale especialmente en el derecho de familia. El estudio preliminar que precede a los capítulos relativos al matrimonio y al divorcio, diseña con sobrias pero acertadas pinceladas la significación filosófico-social y la evolución histórica de ambas instituciones, formulando apreciaciones críticas muy atinadas y juiciosas.

El derecho comparado campea también por doquiera. Y en la exposición de los sistemas legislativos no se limita Brenes Córdoba a contraponer las soluciones del Código francés y y las del alemán; pasa también revista (lo que da a su obra un gran interés) a la casi totalidad de las legislaciones iberoamericanas, y no olvida (como es frecuente hacerlo entre nosotros) el derecho común inglés.

Al final del volumen va incluído un *Ensayo sobre la moral y profesión del Abogado*, que el autor dedica a los estudiantes de la Escuela de Derecho de Costa Rica, y en el que, con tanta elocuencia como elevación de miras, pone de manifiesto las dificultades de la función del Abogado; la preparación que requiere, tanto desde el punto de vista técnico como del conocimiento de las disciplinas que se conocen bajo la denominación de humanidades; las normas éticas a que debe estar sometida su intervención, tanto en los asuntos civiles como en los penales; los defectos, preocupaciones y exageraciones de que debe huirse en el ejercicio de esta noble profesión, y las modalidades especiales que ofrece la actuación de los juristas en la magistratura y en la política. Se trata de una disertación muy sustanciosa, que quisiéramos pudiera ser también el catecismo de los futuros Abogados que instruimos (y no siempre cuidamos de *educar*) en nuestras Universidades patrias.

J. CASTÁN.

(De la *Revista de Derecho Privado*, Madrid).

Bibliografía titular

Los libros y folletos recibidos en la semana

De los Autores:

Mongo Paneque (M. Navarro Lima; en Manzanillo, Cuba). *Siluetas aldeanas.* 1925. Manzanillo. Cuba.

Jaime Torres Bodet (Altamirano 116. México, D. F. México). *Poesías.* Colección Contemporánea. Espasa-Calpe. Madrid.

G. Sanín Villa (Medellín, Colombia). *Desvalorización de la moneda.* 1926. Medellín.

Rafael Andrés Brenes (Santo Domingo, Rep. Dom.) *Sombras.* Santo Domingo. R. D. 1927.

Regino A. Boti. (Guantánamo, Cuba). *La torre del silencio 1912-1919.* La Habana. 1926. —*El 24 de Febrero de 1895.* Exposición crítica de los más importantes estudios publicados hasta hoy sobre la fijación histórica del grito de independencia. Habana. 1923.—*Martí en Darío.* Contribución crítica seguida de los versos de Martí del artículo de «Los raros». Habana 1925.—*Sincronismos* a manera de prólogo para el lector cubano de *Crepúsculos fantásticos.* La Habana. 1926.—Para *Hipsipilas* y *Hermas Viales*, poemas raros, nuevos versos raros de RUBÉN DARÍO, recogidos por el Dr. Regino E. Boti.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones

Declaraciones

Austin, Texas, 4 de Mayo de 1927.

Querido Vincenzi:

Acabo de leer su hermoso libro *América Libertada* y me apresuro a enviarle mis cariñosas felicitaciones por obra tan moderna. El ensayo sobre la originalidad es digno de su pluma. En el siglo cuarenta es una sátira fina y justa. Sobre el mensaje ya le he hablado en carta anterior. A propósito, me gustaría que usted publicase esa carta pues serviría de respuesta al Mensaje de A. Palacios.

Me pide usted datos casi imposibles, amigo mío. ¿Qué podría decirle yo sobre mis ideas estéticas, que no ocupase cien volúmenes? Toda la vida de un artista no es más que eso, un continuo barajar de probabilidades estéticas, una búsqueda eterna, un afán de perfeccionamiento formal para expresar estados psicológicos que sólo nos vienen una vez en la vida. Yo soy, como usted debe haberlo notado, un poeta repentista. Lo que sale debe salir bien. Yo no comprendo cómo un poeta verdadero puede escribir un verso inferior. Ni tampoco como haya imbéciles que se pasen retocando los abortos de sus cerebros cuadrados. La poesía como proceso de fecundación debe ser breve; todo poema largo es una serie de poemas porque el temblor emocional se vacia en las primeras líneas; después seguimos agregando versos debido a un esfuerzo intelectual puro, a cierto orgullo y a cierto mecanismo. Mi ideal sería escribir todos mis poemas en un par de versos pero no creo que llegue jamás a tal fuerza de síntesis. Y probablemente lo mejor sería no escribir en absoluto y guardarse todos los momentos bellos de la vida... y morirse sin haber dicho nada. Lo demás es histrionismo.

¿Cómo temas líricos? Todo, pero no la literatura misma. Desde Baudeleire hasta San Juan, desde Juan Ruiz hasta Novalis... pero nada de Villaespesa..., ni de Almafuerte... ¿eh?

¿Mis aspiraciones hispanoamericanas? Ya están expresadas en mi respuesta a su valioso Cuestionario. Anhelo la unión perfecta de nuestra América, y luego un progreso material como el de aquí para que no tengamos que huir a buscar el pan a otra parte. No me inquieta el porvenir espiritual, estamos llamados a producir una cultura estupenda, si no nos morimos de hambre antes.

¿Mi filosofía general? La única justificación de la vida es el libre albedrío y la renovación constante. Si no fuera por esto hace diez años me habría suicidado.

Datos biográficos: Nací en octubre de 1897 en la sucia ciudad de Talca, Chile. Aprendí más en la calle que en la escuela. Mis maestros fueron unos pobres diablos. Fuí universitario en Santiago de Chile. Estudié pedagogía y antes de terminar me salvé, es decir abandoné la tal ciencia y me vine a los Estados Unidos. Desde entonces soy yo. Lo poco que soy lo debo a mi madre. Ella me dió el empuje inicial. La pobre murió cuando yo tenía 16 años! Antes de morir sufrió el dolor de saberme poeta. Después todo lo debo a mis puños. Soy *self made man*, que dicen los yanquis. He sido periodista en Nueva York, vendedor de píldoras, corresponsal, traductor de avisos y profesor universitario: todo es exactamente igual. Ahora vendo píldoras en forma de conferencias, algunos de mis oyentes se enferman del estómago... otros mejoran. Me casé en 1923 con mujer de París de Francia, tengo una hija de un año, bella como un poema de Edgar Poe. Eso del libre albedrío ha sufrido serios golpes desde entonces pero contra viento y marea lo he salvado. He escrito libros que han sido atacados por Moisés Vincenzi. Salomón de la Selva y Francisco Contreras y aplaudidos por M. de Unamuno, y Díez Canedo, Ingenieros y veinte más. A todos mi agradecimiento. Los que al recibir un libro se guardan el comentario en la panza son nuestros enemigos. ¡Y los mal intencionados! ¿Me permite usted que incluya a Salomón de la Selva en este grupo?

El mes próximo parto a New York. Daré conferencias por seis semanas en Columbia University. De ahí partiré a Cuba. Mi deseo era visitar Costa Rica, en donde tengo amigos tan fieles como usted, Sotela, García Monge, Estrada y veinte compañeros de letras. Pero... Cuando ustedes tengan Universidad acuérdense de invitarme por un corto tiempo. ¿Cómo es que un país de tanta cultura como el suyo ha descuidado tanto los estudios universitarios? Ustedes los jóvenes deberían crear allá la mejor Universidad de Centro América... y pronto. He enviado los ejemplares de su libro a Brenes Mesén y a Freyre. He repartido los otros entre amigos intelectuales de aquí.

Siga escribiéndome a la antigua dirección: University of Texas, Austin, Texas. Sírvase dar mis agradecimientos a Villalobos y a Reni por sus libros. De todos quisiera yo ocuparme pero no tengo tiempo para nada.

Le abraza fraternalmente su compañero y admirador,

ARTURO TORRES RIOSECO

Página lírica
de Anthero de Quental

=Del tomo *Los sonetos completos* de ANTHERO DE QUENTAL. Prefacio de J. P. OLIVEIRA MARTINS. Traductor. EMILIA BERNAL, Madrid. 1927.=

Quien delante de estos versos no sienta elevársele el espíritu, como en una oración a aquel especie de Dios que es compatible con su temperamento, con el estado de educación de su pensamiento, es porque tiene dentro del pecho, en el lugar del corazón, un guijarro pulido y frío. Quien en medio del lidiar de la vida, rozando los brazos por las aristas cortantes que la erizan de ángulos, posase el mirar del alma sobre uno de estos sonetos, y no sienta lo que los sedientos al encontrar un arroyo de aguas límpidas, es porque tiene el alma hecha sólo de egoísmo. Quien emergiendo de los montones de papeles que las imprentas vomitan diariamente, echare los ojos sobre estas páginas y no sienta el deslumbramiento que los diamantes producen, es porque su vista se empaña con el examen de los libros groseros y su lengua perdió el hábito de hablar portugués.

Uno de nuestros más queridos amigos, uno de los que conocen más de cerca a Anthero de Quental, y solamente lo conoce el que con él ha vivido largo tiempo en intimidad, me interroga, generalmente de este modo: *¿E santo Anthero, como vae?*

Lo dice con la convicción ardiente de los artistas; pero yo, que no lo soy, pongo obstáculos, porque la santidad no es planta adecuada al clima de nuestro tiempo Exige una porción de sentimiento ingenuo que ya no hay en los aires que respiramos.

La vida contemplativa, por tanto, la vida asceta inclusivamente: esa virtud austera para consigo, tolerante para con todo y para con todos; ese observar constante de sí propio y el dispensar una sonrisa, siempre buena, aun indiferente, con frecuencia, a los que los rodean; la caridad, el amor, la abnegación, las tentaciones, las crisis, las lágrimas, las aflicciones, las dudas punzantes y los dolores angustiosos, todo lo que, reunido, forma un alma mística, todo eso mora en el alma de este poeta, arrebatada por la visión inextinguible del Bien.

Só no meu coração, que sondo e meço,
Não sei que voz, que eu mesmo desconheço,
Em segredo protesta e affirma o Bem.

Y para no faltar nada a este místico, anacrónicamente perdido en el torbellino de un siglo, activo hasta la demencia, tiene también una fe ardiente, una fe budhista. Solamente su Dios, Dios sin voluntad, sin inteligencia y sin conciencia, es para nosotros, a quienes son vedados los misterios de la metafísica budhista, igual a nada.

Este hombre, fundamentalmente bueno, si hubiese vivido en el siglo VI o en el siglo XIII, sería uno de los compañeros de San Benito o de San Francisco de Asís. En el siglo XIX es un excéntrico más, de esa hechura de excentricidad que es indispensable, porque a todos los tiempos fueron indispensables los herejes que hoy se llaman disidentes.

OLIVEIRA MARTINS

A M. C.

Puso en tu frente Dios, mano piadosa.
—Dios, que destina al poeta y al soldado,—
volvió a ti el mirar de amor velado,
diciéndote: «¡Hija, ve, serás hermosa!»

Tú, descendiendo en la onda armoniosa,
posaste en este suelo angustiado,
estrella envuelta en un claror sagrado,
de tus miradas en la luz radiosa.

Mas yo... ¿Puedo yo, acaso, merecerte?
Te dió el Señor, mujer, lo que es vedado—
ángel, te dió el Señor un mundo aparte.—

Y a mí, a quien dió ojos para verte
sin poder más... ¿Qué es lo que me ha dado?
¡Voz que te cante y alma para amarte...!

Psalmo

¡Esperemos en Dios! Él ha tomado
en su mano la masa inerte y fría
de materia impotente, y en un día
luz, movimiento, acción, todo, le ha dado.

Él, al más pobre de alma ha tributado
amor, desvelo: él lleva por la vía
segura, al que le huye y se extravía,
quien por la noche andaba desgarrado.

Y a mí, que aspiro a él, a mí que le amo,
que anhelo vida más, brillo mayor,
¿me ha de negar el fin de este deseo?

Buscó a quien no lo quiso, y yo le llamo...
¿Y cuál del hijo ingrato huye mi amor?
¡Oh, Dios, padre y abrigo... espero y creo!

A M. C.

¿Por qué del amor dudas? ¿De la vida?
Por qué ese Hermón transformas en Calvario?
¿Por qué dejas que el seno, del sudario
te apriete la doblez humedecida?

¿Qué visión de ti huyó, que así perdida
la buscas por el yermo solitario?
¿Qué signo oscuro del destino vario
te hace inclinar la frente adolorida?

¡Ninguno! Intacto el bien en ti existe:
Dios, en prenda, te dió la hermosura,
el cielo te bendice en cada hora.

¿Y dudas del vivir? Yo, pobre y triste,
que sólo en tu mirar leo la ventura,
si dudas tú, ¿en qué he de creer ahora?

Visita

Mi aposento adornó la flor del cardo,
lo perfumé de almizcle suavemente
y me vestí de púrpura fulgente,
ensayando mis cantos, como un bardo.

Ungí las manos y la faz con nardo
crecido en los jardines del Oriente,
para esperar con pompa, dignamente,
misteriosa visita a quien aguardo.

Mas ¿qué hija de reyes, ángel o hada
era quien, de ese modo, descendía
de mi cabaña a la húmeda posada?

Ni princesas ni hadas. Era flor,
era el recuerdo tuyo que batía
las puertas de luz y oro de mi amor.

La Sulamita

Ego dormio et cor meu vigilat.
(Cantar de los Cantares).

¿Quién anda allá, por fuera, por la viña,
en la sombra del luar medio encubierto,
sutil de pasos, y espiando incierto—
con blando respirar como de niña?

He soñado que llega y que me llama...
Me pareció sentirlo aquí, tan cierto...
Sea la alta noche, sea en el desierto,
adivina, hasta en sueños, el que ama.

¡Mozas las de mi tierra!, a mi amado
corred, decidle que dormía ahora;
mas, que puede ir contento y descansado...

que si tan presto puede adormecerme,
velo sobre su andar a toda hora,
porque es mi corazón el que no duerme.

Sueño oriental

Suéñome rey de una isla, maravilla
muy lejana en los mares del Oriente
donde la luna sobre el agua brilla
y la noche es balsámica y fulgente.

Aroma de magnolia y de vainilla
flota en el aire diáfano y durmiente,
y el mar, con finas ondas, en la orilla
lame la orla del bosque vagamente.

Donde yo, en la baranda reclinado
me absorba en un pensar alucinado
y tú, mi amor, divagues al luar

del profundo jardín por las laderas
o te adormezcas bajo las palmeras,
mientras juega a tus pies león familiar.

Idilio

Cuando nos vamos juntos, manos dadas,
a los valles, por lirios y boninas,
y escalamos de un soplo las colinas
del rocío nocturno aún orvalladas;

o junto al mar, desde las empinadas
tierras, vemos las nubes vespertinas,
que parecen fantásticas ruïnas,
lejos... al horizonte amontonadas.

Cuántas veces, de súbito, enmudeces,
no sé qué luz en tu mirar fluctúa,
siento temblar tu mano, y palideces.

Mar y viento murmuran oraciones
y la poesía de todo se insinúa,
lenta... amorosa, en nuestros corazones.

Madre

Madre, que aduerma este vivir dolido,
y me vele esta noche de tal frío
y ate, con manos buenas, este mío
pobre existir, que está medio partido,

que me lleve consigo, adormecido,
a pasar por el sitio más sombrío
y bañe y lave mi alma allá en el río
de clara luz de su mirar querido.

Diera mi orgullo de hombre y también diera
mi estéril ciencia, y de ternura lleno,
una débil criatura me volviera,

descuidada, feliz, dócil sería,
si pudiese dormir sobre tu seno,
si tú fueses, querida, madre mía.

En la capilla

En la capilla, oculta entre el umbrío
follaje, el Cristo, al fondo, agonizaba.
¡Oh, cómo íntimamente se casaba
el dolor de la imagen con el mío!

Hijos ambos de amor, miraje igual,
nos rozó pòr la frente que escaldaba,
y la mano que afecto enmascaraba
nos dió suplicio con traición igual.

Y ahora, en la paz que la floresta daba,
mientras la sombra triste se infiltraba,
vencidos, ambos, mártires del hado,

nos mirábamos mudos. ¡Pena igual!,
ni de los dos sabré deciros cuál
más pálido, más triste, más cansado.

El palacio de la ventura

Sueño que soy un caballero andante
por el desierto, el sol, la noche oscura.
¡Paladín del amor, busco anhelante
el palacio ideal de la Ventura!

Mas ya desmàyo, exhausto y vacilante,
rota la espada, rota la armadura...
Cuando lo veo, de pronto, fulgurante,
en su pompa y aérea hermosura...

Bato la puerta a golpes, y al llamado:
¡Al vagabundo, al desheredado,
abríos presto, puertas de oro! Las

puertas de oro se abren con fragor;
mas está lleno sólo de negror,
silencio, oscuridad, y nada más...

A una mujer

Para tristezas y dolor naciste.
Tal vez pudo el destino haberte hecho
la cuna cerca de algún regio lecho
en vez de este arenal donde creciste.

Podía abrirte las flores con que viste
a las felices y sobre ese pecho,
hacerte... lo que el Hado siempre ha hecho...
¡Tendrías siempre la suerte que tuviste!

Tenías que ser así. Tus ojos quietos
que no son de este mundo, donde se
leen tristes, profundísimos secretos.

Tu rara voz y ese aire distraído...
Todo, me dice ciertamente que
para esto no más habías nacido...

Diálogo

La cruz dijo a la tierra en que asentaba,
al valle oscuro, al monte, de este modo:
¿Qué eres tú? Abismo donde todo
vive en dolor y en lucha ciega brava.

Siempre en trabajo, condenada esclava.
¿Qué haces de bueno y grande, di? Con todo
resignada, eres sólo informe lodo;
y rebelde, eres fuego, hórrida lava...

Mas, a mí... ¿cuál es la alta libre sierra
que me puede igualar? Amor, firmeza...
Eso soy yo... la paz... tú eres la guerra.

¡Soy espíritu y luz! ¡Tú la tristeza!
¡Oh, lodo oscuro y vil! Pero la tierra
respondió: ¡Cruz, soy la Naturaleza!

Más luz

(A Guilherme de Azevedo).

Amen la oscuridad los crapulosos,
los que sueñan vestales imposibles,
los que se inclinan mudos e impasibles
a sondear los abismos silenciosos.

Tú, luna, con tus rayos vaporosos,
cúbrelos, tápalos, hazlos insensibles
a los vicios que son inextinguibles
y a los largos cuidados dolorosos.

Amaré yo la santa madrugada,
y el medio día en fuerte vida hirviendo,
la tarde rumorosa y reposada.

Viva y trabaje en plena luz y muera
después, mirando el claro sol. ¡Y viendo
el claro amigo de los héroes, muera!

A un poeta

(Surge et ambula)

Tú, que duermes, espíritu sereno
a la sombra de cedros seculares
como un levita al pie de los altares,
lejos de lucha y de fragor terreno.

¡Despierta...! ¡Es tiempo! ¡El sol está alto y [pleno
y ahuyentó ya las larvas tumulares...!
¡Para surgir del fondo de los mares
un signo espera el mundo entre su seno!

¡Escucha! ¡Es la gran voz de las naciones!
¡Cantos de tus hermanos! ¡Son canciones
de guerra! ¡De arrebato es el fragor!

¡Yérguete, pues, soldado del futuro!
¡De los rayos de luz del sueño puro
haz lanza de combate, soñador!

Mors-amor

(A Luis de Magalhâes)

Ese negro corcel, cuyas pisadas
escucho en sueños, que se me aparece
galopando en la sombra que oscurece
la noche, en las fantásticas estradas,

¿qué regiones, terribles y sagradas,
cruzó, que a nuestros ojos aparece
tenebroso y sublime, y le estremece
no sé qué horror las crines agitadas...?

Un caballero de expresión pujante,
plácido, formidablemente fuerte,
vestido de armadura deslumbrante,

monta la fiera extraña sin temor,
y el corcel negro dice: ¡Soy la Muerte!
Y dice el caballero: ¡Yo el Amor!

Anima mea

La Muerte estaba en pie, allí, delante,
sí, delante de mí, como serpiente
que durmiese en la senda y de repente
se irguiese bajo el pie del caminante.

¡Era de ver la fúnebre bacante!
Torvo el mirar, el gesto de demente...
Yo le dije: ¿Qué buscas, impudente,
hambrienta loba, por el mundo, errante?...

¡No temas!, respondió, y una ironía
rara y atroz, siniestramente, en calma,
con crueldad le torció la boca fría...

¡Yo no busco tu cuerpo!, respondió.
¡Tu cuerpo es demasiado! ¡Busco tu alma!
. . . .
—¡Mi alma hace ya tiempo que murió!

Espectros

Eepectros que veláis al tiempo justo
en que aduermo un momento, e inclinados
sobre mis sueños cortos y cansados,
llenáis mis noches de agonía y susto.

¿De qué me vale a mí ser puro y justo
y entre combates, siempre renovados,
disputar al empeño de los Hados
una parcela del saber augusto,

si siempre sobre mi alma he de ver esos
ojos malditos, trágicos, obsesos?
¡Si hasta dormido, llenos de ansiedad,

os siento en pie al borde de mi lecho,
una a una goteándome en el pecho
las lágrimas de la incredulidad!

María de Bethania, amiga de Jesús

Se pintaba el poniente de oro pálido y de rosas encendidas. Frente a la casa de los tres hermanos, la sombra tupida de una parra cobijaba el rústico banco, donde solía reposar el profeta galileo, tan amigo de aquella familia.

Aquella tarde saboreaba allí el frescor, María, la hermana joven, que tenía dorados los cabellos y los ojos—ojos llenos de ensoñación.—Más bajo que alto, su cuerpo era sonrosado, frágil y armonioso y eran tan bellas sus manos que parecían dos lirios abiertos a la aurora. Indolente, tendida en el banco se embriagaba de sombra y quizá pensaba en alguien...

Repentinamente percibió pasos suaves que llegaban. Levantóse, ligera como una gacela y vivo rubor le encendió la faz. Frente a ella estaba el maestro pálido y dulce de brunos cabellos y túnica clara. Tomó el puesto que María le ofreció a su lado y unos instantes hubo en su rostro una vaga turbación.

La presencia de Jesús, que tenía afecto y que tenía ternura, la tibieza de la tarde lánguida, la caricia de la parra y su corazón que quería saber, todo fué propicio a hacer la pregunta: «Maestro, ¿por qué siempre pareces triste, como atormentado por un ideal imposible, o como si una idea te estuviera quemando la vida?» Jesús nada dijo; apenas temblaron sus largas pestañas; después sus ojos miraron a María hondamente, con delicada penetración y continuó silencioso...

Los colores del poniente se iban esfumando. Súbitamente, como estalla un frágil cristal, o cual se rompe una flor en la sombra, Jesús habló y su palabra fué tendiéndose y alzándose como un raudal de luz, como una melodía, como un perfume, que hizo cerrar los ojos a María, talvez para comprender mejor. Él habló de la Naturaleza como obra de amor; del amor, como la más honda y divina vibración, como la ley suprema que es atracción en los universos y germen oculto en la semilla; el amor es la belleza, es Dios manifiesto ante los hombres. Las almas sin amor no tienen luz, son como noches sin estrellas.

Decía esas cosas lenta y dulcemente, como hablaba siempre...

El el éxtasis de aquella plática sublime, ella se había adormecido. Cuando la voz de Jesús se extinguió como la última nota de una escala músical, María abrió sus hermosos ojos de topacios y el silencio continuaba iluminado. Ella pensaba: ¿por qué habla así este profeta? ¿Quién es este hombre que hace temblar y florecer los corazones? ¿Acaso un mago venido de la Caldea, o tal vez un iniciado en el templo de Eleusis? Divino loco, o sereno filósofo, había dicho cosas bellas y divinas. Talvez por eso, o sin saber por qué, ella puso una mano sobre la mano del Rabí. El vió blanquear aquel pétalo astral y lo oprimió blandamente. De pronto, con ligero ademán abandonó la mano de su amiga y bajo la sombra azul de su pestaña, floreció una lágrima callada...

Entraron luego a la casa, para acompañar en la velada a Lázaro y a Marta.

Después de esta ocasión volvieron a encontrarse en casa de Simón, aquella noche en que ella ungió la soñadora cabeza del maestro con ungüento de nardos.

Clara Diana.

San José. Abril. 1927.

Max al fin ha publicado un libro

Y bien. ¿Que ya Max Jiménez publicó un libro? Vamos a leerlo. Ya lo leímos. Se nos ha olvidado el tiempo pasando una tras otra las cien paginitas. En la última, al encontrar el índice, hemos deseado leerlo también, o volver a empezar. Bueno, ¿y este es el libro de Max?

Lo he saboreado cordialmente. Es grato verle el alma a un amigo—cuando es un Max Jiménez—tal y como él quiso encuadernarla en unas páginas. Me quedé pensando en este pobre Max, tan bueno, tan sutil, tan superior, aherrojado en el rincón de nuestro ambiente, después de sus viajes, tan constructivos siempre; y viviendo en este ambiente, echado sobre él como un derrumbe, de amigos vulgares, esperanzas desteñidas, vanidades infantiles, justificado a Dios gracias y dignificado por esta monotonía incansable de nuestros quehaceres cuotidianos, por el amor intenso que aquí puede vivirse en santa y honda paz, por lo que aquí puede soñarse allá de tarde en tarde. Para Max todo *esto* es la vida misma, es ahora su vida, y no debe dejarse de tomar en cuenta; no es humano eso de no ser bueno, amable, piadoso. Para Max todo *esto* es suyo, aunque su mundo personal sea otro; *esto* también le pertenece, y es deber de la existencia darse a *esto*.

He leído después muchos pareceres. Es un filósofo; es un poeta de la prosa; es un artista; es reflexivo; sueña; domina y modela el idioma; se trasluce una vasta cultura; algunos evocan, leyéndolo, a Mussett o a Renán. Todo esto me ha gustado mucho y es justo. Me parece, sin embargo, que no es, «Ensayos», *el libro* de Max; trátase de una colección de esas bellas miniaturas que publica el Repertorio o algún periódico local; de una colección en donde se refleja, precisamente, todo *esto;* ese terraplén del ambiente, sobre la meditación y el anhelo ecuánimes, consecuentes, piadosos, del joven [1].

Tanto es así que no es posible imaginar a Max concibiendo este libro en su inolvidable París. Tanto es así que me han dado deseos de exclamar, para saturarme de su benignidad jovial y sabia: «Da el cielo sensación de libertad. Levantar la cabeza, gesto es de desprendimiento» (p. 23). Completándolo luego: «El azul, es el dolor; base fundamental de la existencia»; «La vida es como el cielo, porque el dolor es azul» (p. 33).

Rafael Estrada

Mayo de 1927.

1. Debía ser don Joaquín García Monge, el prologuista, quien descubriera y subrayara el espíritu piadoso de Max.—*N. del A.*



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Procesión del Santísimo

En San Salvador

9 de marzo de 1919.

La religión es el reino de los que padecen.

En la fila anchurosa, interminable, que sale y sale del templo, lenta y perenne, como un hormiguero que cambia de morada, casi no se ven más que caras sufrientes y adoloridas.

Adelante, los chicos de una escuela vecina, seguidos de una columna de monaguillos y de tal cual moza que husmea un novio o un cortejo, dan una nota alegre y vigorosa, como para hacer menos dura la entrada en el reino de la tristeza.

Vienen luego dos filas de ancianas; mujeres fuertes y graves, con semblantes hombrunos, endurecidas a fuerza de trabajo y de lucha; ancianas heroicas que debieran reposar há tiempo en el sepulcro, uncidas al vivir por amor de algún nietecito sin madre, de alguna hija casada infaustamente, de un hijo desamparado e inepto... Rezan con tono aspero y semblante amenazador, como si retaran a la desgracia; como si en vez de pedir socorro a los dioses benéficos, desafiaran al príncipe de las tinieblas.

Vienen después los sacerdotes de San Ignacio, con sus blancas estolas, inclinando hacia el suelo sus caras finas, sus ojos velados, sus frentes pensativas y pálidas. Sus austeros semblantes contrastan, a trechos, con la lozanía rubicunda de algún cura mundano, mocetón bien comido, con la barba canutosa acusándole de pereza.

Luego la orquesta, lloriqueante, envolviendo al Santísimo en una nube de suspiros, sollozos y lamentaciones, que se confunden en el aire con la monotonía de los rezos y el reteñir de las campanas melancólicas.

De trecho en trecho resalta el sonsonete de los enseñantes, de tono chillón unos, penetrante, incisivo; otros con el acento opaco, lacrimoso y nasal. Uno de éstos, calvo, amarillo, anémico, fofo, repite, incansable el Padre Nuestro, con modulaciones intencionales que revelan no sé que penas hondas, oscuras, que no hallan modo de traducirse en palabras «Santificado sea *el* tu nombre. ¡Vénganos *el* tu reino!...»

Y le imprime a éstos *el* un acento, una melancolía y un énfasis que sobrecogen al oyente.

Mas allá, otro, sucio, cara terrosa, harapiento, con los pies bailoteándose en unas alpargatas destalonadas, enseña la salutación a María, alargando mucho las sílabas finales: Santa Mariiía, madre de Diooós... Y casi llora uno de oirle, porque en el tono lamentable y las vocales temblorosas y enfáticas, se adivinan gritos de socorro y una desesperada confesión de impotencia, que dice: «ya no puedo más... ya no... Señor, ya no quisiera andar tan sucio... y tan roto... con estas alpargatas... ruega, Señora, por nosotros...»

Pasan el oro y la seda del palio, bajo del cual reluce la custodia, regando titilaciones y destellos. Pasa, y se reanuda luego, compacta, ancha, uniforme, la marea de semblantes adoloridos: mujeres envejecidas y afeadas; muchachas que perdieron la gracia y la alegría; solteras a quienes nadie amó, aunque fueron graciosas y buenas, y que todavía sabrían amar; pobres abandonadas, que todavía sabrían perdonar a los maridos infieles e ingratos; campesinas rotosas, con su renegrida musculatura de bestia fatigada; lavanderas reumáticas, y costureras ya bien entradas en la tisis; canasteras con bocios agobiadores; aplanchadoras con ojos irritados, y los brazos llenos de requemones... Y otras más, y otras más, oscuras, indefinidas; náufragas de la vida, que la muerte ha olvidado llevarse... gentes sin mañana, tormentoso el ahora, estéril el ayer... Todo el diapasón del sufrimiento que se encona en la siempre esclava, en la siempre víctima del hombre...

La tarde luminosa, ardiente, sofocante. Un vaho de sudor y de respiraciones viciadas se mezcla con el incienso y con el polvo fino que vaga en el ambiente; y sobre esta nube de acres emanaciones, flotan suspiros indecisos, sollozos comprimidos, lamentos sofocantes... Vénganos *el* tu reino. Esos tus ojos, misericordiosos... Santo, santo, santo!... Ahora y en la hora de nuestra muerte...

Pasan las últimas suplicaciones. Las últimas siluetas dolientes se esfuman en la lejanía de la calle. El templo ha quedado solitario y como pensativo, con sus grandes puertas desplegadas, sobre las cuales todavía rebotan los ecos tumultuosos de la procesión, y donde los últimos fulgores del rojo sol de marzo, imprimen los reflejos de un ascua que se va ya extinguiendo...

Alberto Masferrer

El Salvador

Fúlton

La vocación equivocada es un fenómeno bastante común en la vida. Lo que ya no lo es tanto, es gozar de la fortuna en el error, y sufrir indecibles miserias desde que se adquirió la verdad.

Si alguien parecía haber nacido con la pasión ciega, tenaz y profunda del arte, este es Roberto Fúlton. Siendo aprendiz de joyero, siente de pronto nacer su verdadera vocación: será pintor. Con una rapidez casi sin ejemplo en la historia, llega a dominar su lápiz y sus pinceles al punto de que cuatro años después de su iniciación, apenas a los 20 años, se permite el lujo de comprar para su madre viuda una casa con el producto de sus retratos.

Considérese esto: No se alcanzaba en aquella época (1785) con la pintura, los precios que se obtienen hoy por una mala oleografía. Vivir malamente, lograr subvenir con el arte a las pobres necesidades orgánicas, era ya empresa arriesgada. Fúlton no sólo las realiza ampliamente, sino que logra asegurar a los veinte años la comodidad y la paz de su anciana madre.

Puédese conjeturar, pues, que la gloriosa fortuna acompañará para siempre a este joven artista, que ha hallado muy temprano el sendero de su alma.

Pero el sendero de Fúlton no es éste. Un día, después de algunos años de inquietud, se convence de ello. Se creía pintor: es mecánico.

Desde esta revelación su vida no es sino una penuria y un desaliento continuos, en que van naufragando una por una sus ilusiones. Durante 19 años corre de Londres a París, de París a Amsterdam, de Amsterdam a París, y de allí nuevamente a Londres, sin que nadie, ni Bonaparte, ni el Instituto de Francia, ni las Comisiones de examen nombradas al efecto, presten crédito a su planes de invención.

Cansado, agriado, sintiéndose ya viejo a los 39 años, regresa a Nueva York, a morir, supone él. El Congreso de su patria, apiadado del inventor, le concede cinco mil dólares para que prosiga sus estudios. Con esa bicoca Fúlton logra realizar su ensueño mecánico de veinte años, y el 10 de agosto de 1807 el primer buque a vapor que haya surcado las aguas, desamarra de los muelles de Nueva York en medio de la más espantosa rechifla con que muchedumbre alguna haya saludado a un hombre de genio. El buque de Fúlton—el *Clermont*—había ya sido bautizado desde el montaje de su quilla con el nombre de «Locura-Fúlton».

Poco después el *Clermont* inauguraba una línea regular entre Nueva York y Albany. Durante el viaje de ida, nadie se arriesgó a navegar en aquél. Pero en el momento en que el *Clermont* desatracaba del malecón de Albany, saltó a bordo un hombre que, buscando a un empleado para pagar su pasaje, no halló en todo el vapor sino a Fúlton.

—¿No va usted a regresar a Nueva York en su barco?—preguntó el desconocido.

—Sí—respondió Fúlton.—Voy a tratar de hacerlo...

—¿Puede usted darme pasaje a bordo?

—Ciertamente...

El hombre preguntó por el precio del pasaje: eran seis dólares, que aquél puso en manos del ingeniero. Fúlton, inmóvil y silencioso, contemplaba las seis monedas; y tan largamente, que el viajero, temiendo haberse equivocado, preguntó:

—¿Pero no es eso lo que usted me había pedido?

Al oír la voz, Fúlton levantó los ojos al pasajero, mientras dos gruesas y pesadas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Perdóneme—dijo Fúlton.—Oyó usted perfectamente... Pero yo estaba pensando en que estos seis dólares son la primera ganancia que obtengo después de veinte años... ¡Ojalá—añadió, tomando efusivamente las manos del viajero—pudiera yo invitarlo a tomar una copa en conmemoración de este acontecimiento!... Pero soy demasiado pobre para poder ofrecérsela...

El resto no nos interesa. Lo extraño—y común, si bien se mira—es que un hombre a quien la fortuna se le entregara incondicionalmente mientras siguió una vocación errada, no haya conocido sino miserias desde el instante en que se halló en posesión de su genio.

HORACIO QUIROGA

(*Caras y Caretas*. Buenos Aires)

La arrogancia yanqui

Editorial de un semanario militante de Chicago que se nombra - ¡oh ironía! - *Liberty*.

Liberty, en su edición del 27 de febrero de 1927, de la que traducimos este artículo iba por el n.º 41. Vol. 3. El lema en que se inspira este semanario popular es muy revelador. Textualmente dice:

¡Nuestro país! En su trato con las naciones extranjeras puede estar siempre en lo justo; pero nuestro país, con la justicia o sin ella.

STEPHEN DECATUR.

¿Devolveríamos a México nuestros estados sudoccidentales?

Nuestros pequeños norteamericanos, nuestros Borahs y Wheelers, nuestros profesores, sentimentales, e imploradores, designados por sí mismos, de los derechos de las naciones pequeñas, todos se hallan trastornados por la intervención de los Estados Unidos en Nicaragua. Algunos de ellos hasta expresan la creencia de que puede entrarnos la fiebre de la expansión y apoderarnos de Nicaragua y México, y tal vez de otros países. Hasta aquí, no ha habido fundamento para tal creencia, fuera de la idea en ellos persistente de que cualquier cosa que hagan los Estados Unidos es mala; que nuestros móviles siempre son viciados; y que, necesariamente, todas las naciones pequeñas son puras y rectas. Pero es un hecho que hay un Destino que modela nuestros propósitos, toscamente los modela como nosotros queremos.

En 1845, 46, 47 y 48 una turba de políticos piratas y foragidos—así llamados por los Borahs, los pacifistas, los profesores, los pequeños americanos de entonces—mandaba en Washington. Habían reconocido a Texas en 1837 como una república independiente. En 1845 la admitieron como Estado de la Unión e hicieron propias sus querellas con México por cuestiones de límites y los alegados derechos de los ciudadanos norteamericanos, en su mayor parte texanos.

El Presidente Polk y su Gabinete del Sur necesitaban nuevos Estados para reforzar las posiciones de la esclavitud. Admitieron a Texas y le dieron el derecho de partirse en cuatro Estados, que significarían ocho Senadores de los Estados Unidos para votar pro Demócrata y extender la esclavitud.

No satisfechos con eso, se echaron encima las viejas querellas de Texas y declararon la guerra a México—una guerra de conquista y de agresión puramente. Desenvaina la espada el Tío Sam y siguen victorias norteamericanas en Veracruz, Cerro Gordo, los pórticos de Montezuma, y Chapultepec.

Terminaron las hostilidades con la entrega del territorio mexicano que abarca California, Arizona, Nuevo México, Utah, la mayor parte de Nevada, y parte de Colorado y Wyoming.

Durante esta conquista pirática, los profesores, los Borahs y Wheelers de aquel tiempo, los pequeños norteamericanos, con las caras afligidas de espanto, declararon que los Estados Unidos estaban entregándose a la piratería, y acusaron al Tío Sam de robo en despoblado.

Tenían razón. La guerra fué de conquista; el secuestro de todo el suroccidente fué piratería. Sin embargo, ¿quién podría deshacer ahora eso? ¿Votarían los pueblos de California, Nuevo México y los otros Estados por volver al dominio mexicano? Los mismos mexicanos ahora corren hacia allá en busca de seguridad y protección.

Las mismas gentes temblaban agónicas cuando los Estados Unidos abrieron el Canal de Panamá. ¿Quién lo taparía ahora?

Nuestra conducta fué posiblemente viciada y depravada—moralmente—pero fué progreso. El Destino trabajaba tras el egoísmo de los políticos inmorales. El Destino está aún ocupado, y dentro de setenta y cinco años los habitantes de Nicaragua, México, etc., estarán cantando *The Star-Spangled Banner* y haciendo mofa de quien se le ocurriera volver a los mandos antiguos.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica